



COMUNICADO
DEL ARZOBISPO DE LOS ALTOS

1. Leo en los medios de comunicación de hoy domingo 8 de marzo, que la Coordinadora Nacional para la Reducción de Desastres ha declarado alerta roja institucional para prevenir el brote de coronavirus en Guatemala. Quiera Dios que las medidas que se tomen sirvan para “prevenir el brote”, pero todos pensamos que esas medidas más bien servirán para estar mejor preparados para cuando surja el brote.
2. De momento, y según leo en el Aviso N° 3 de CONRED: “es importante que la población mantenga la calma, aplique las normas higiénicas que se han compartido por el Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social, acuda a los servicios de salud ante cualquier sospecha y comparta información oficial a través de sus redes personales”.
3. Igualmente leo que, en varios lugares, los obispos han tomado medidas y han dado instrucciones sobre el modo de actuar en las circunstancias actuales, incluso antes de que se hayan detectado casos del Covid-19 en el territorio diocesano. Por ese motivo he creído oportuno dar también estas instrucciones.
4. Estamos en plena cuaresma, tiempo de celebraciones multitudinarias, de procesiones, de confesiones y otras prácticas de piedad que crean situaciones de estrecho contacto físico, favorable al contagio. Esta circunstancia nos obliga a tomar precauciones.
5. En primer lugar, la amenaza de la plaga debe conducirnos a una reflexión espiritual. Somos frágiles, mortales, no tenemos todavía vacunas contra esta y otras muchas enfermedades. La amenaza del contagio nos hace conscientes de nuestra vulnerabilidad y mortalidad. Es ocasión para tomar conciencia que la vida es un don sobre el que no tenemos autoridad, ni para crearla ni para prolongarla. La conciencia de nuestra mortalidad nos remite a Dios y a su amor. Él ha enviado a su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3,16). Si la muerte le roba el sentido a la vida, Cristo resucitado que la venció e inauguró una nueva forma de vida en Dios tras la muerte, nos revela el sentido profundo de nuestra existencia.
6. En segundo lugar, debemos hacer oración para encomendarnos a Dios. Pidamos que los científicos puedan encontrar remedio a la enfermedad, que quienes atienden a los ya afectados tengan la caridad que inspire su servicio y protección para hacerlo con seguridad, pidamos por los contagiados (que son millares en el mundo), y pidamos también por nosotros, para que el Señor nos libre de todo mal y nos dé la firmeza de fe de que nuestra morada definitiva está con Dios para siempre.
7. No creo que sea el caso, en las circunstancias actuales, de suspender los actos masivos como misas, procesiones y otros actos de piedad. Las autoridades todavía no lo requieren y hay masas en los estadios, centros comerciales, eventos culturales, transporte público y una docena de ocasiones más. Pero sí es ocasión de pedir a quienes padecen incluso de una simple gripe o de cualquier otra enfermedad

contagiosa, que se abstengan de participar en esas actividades para no contagiar, incluso con otras enfermedades más leves, al resto de la población. Acudan sí, a la Iglesia y a los sacramentos, pero quizá en días y horas cuando las posibilidades de contagiar a otros sean menores y mantengan, por prudencia y caridad, las distancias físicas que disminuyan la posibilidad de contagio.

8. Es importante la higiene. Se escuchan propuestas en torno a la seguridad de algunos gestos litúrgicos. Con las manos tocamos todo y las manos son vehículo de contagio.
 - a. Los sacerdotes que celebran la misa y los ministros extraordinarios de la comunión deben asegurarse de iniciar la celebración con manos lavadas con agua y jabón. El rito del lavabo no tiene propósitos higiénicos, sino que es un rito penitencial de quien preside la celebración antes de iniciar la plegaria eucarística, por lo tanto, no cumple con los requisitos de salubridad y no tiene sentido que lo repitan otros concelebrantes o los ministros extraordinarios. Agua y jabón para todos antes del inicio de la celebración.
 - b. El gesto de la paz es opcional en la misa, y como tantas veces he dicho, es un saludo, incluso solo verbal, a quienes están a la par.
 - c. Quienes reciban la comunión en la mano, deben estar seguros de que las tienen limpias para que la sagrada hostia, al ser depositada en sus manos, no sea vehículo para ingerir virus y bacterias que allí se encuentran.
 - d. La comunión en la boca o en la mano, con tal de que el que distribuye la comunión no toque ni la lengua ni la mano del que comulga son modos seguros de distribuir la comunión.
9. La confesión es otro sacramento que crea ocasiones de posible contagio por la cercanía física entre penitente y confesor. Los penitentes afectados de alguna enfermedad contagiosa deben tomar precauciones (mascarillas, por ejemplo) para no contagiar al confesor y los confesores enfermos debieran tomar también sus precauciones, desde abstenerse de prestar el servicio en situaciones severas de enfermedad o también el recurrir a mascarillas u otros medios para evitar convertirse en transmisores de gripes y otras afecciones pulmonares, incluyendo eventualmente la plaga que nos ocupa.
10. Los tiempos de calamidad y enfermedades contagiosas son ocasiones de ejercicio de la caridad, para que los ministros asistan a los enfermos con la oración y los sacramentos de la unción y el viático, para que los médicos y enfermeras cristianos ofrezcan sus servicios a Cristo enfermo, para que todos nos ayudemos mutuamente en nuestra aflicción y oremos para que el Señor nos libre de todo mal.

Bogotá, 8 de marzo de 2020



✠ Mario Alberto Molina, O.A.R.

Arzobispo de Los Altos, Quetzaltenango - Totonicapán

